

78-20760
UN
NACIONES UNIDAS



ASAMBLEA GENERAL  CONSEJO DE SEGURIDAD

Distr.
GENERAL

A/33/266

S/12863

25 septiembre 1978

ESPAÑOL

ORIGINAL: FRANCES/INGLES

ASAMBLEA GENERAL
Trigésimo tercer período de sesiones
Tema 30 del programa
LA SITUACION EN EL ORIENTE MEDIO

CONSEJO DE SEGURIDAD
Trigésimo tercer año

Carta de fecha 25 de septiembre de 1978 dirigida al Secretario General
por el Representante Permanente del Líbano ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de adjuntar a la presente el texto de la alocución del Presidente Sarkis al pueblo del Líbano y de solicitar que se distribuya como documento de la Asamblea General, en relación con el tema 30 del programa, y del Consejo de Seguridad.

(Firmado) Ghassan TUÉNI
Embajador
Representante Permanente

ANEXO

Alocución del Presidente de la República Libanesa

Libaneses, libanesas:

Lo que me impulsa a dirigirme a vosotros no es sólo la fecha del 23 de septiembre, sino también la necesidad creciente que siento de hablaros y de establecer un contacto directo con vosotros. En efecto, en momentos en que la situación se agrava de nuevo, tenéis derecho a conocer la realidad de los hechos.

También estoy convencido de que, al ponerlos en conocimiento de esta realidad, os doy la oportunidad de valorar la situación en forma imparcial, libre de todo sesgo y de toda tendencia subjetiva.

He guardado silencio mucho tiempo, en circunstancias en las que el mutismo era más elocuente y más útil. Mucho tiempo he tolerado las campañas irresponsables dirigidas contra mí en momentos en que me consagraba a la tarea de reconciliar las diversas tendencias y salvaguardar así la unidad de la patria y del Estado, entre una fracción de libaneses que sentían y sienten preocupación por su porvenir en una tierra en la que han vivido durante siglos, una tierra que han defendido durante varias generaciones a lo largo de su historia, y otra fracción de libaneses que se quejaban, y siguen quejándose, de la enajenación de sus derechos y del olvido en que caen sus reivindicaciones, y que temen la transformación de la identidad nacional de una patria de la que constituyen un elemento fundamental; que se preocupan, en fin, por el porvenir de un Estado en el que constituyen un complemento esencial. Todo ello a pesar de los esfuerzos realizados por los regímenes anteriores y de los esfuerzos que se han hecho en los últimos dos años para eliminar todos los motivos de preocupación y todas las demás causas de tales quejas. Considero, en efecto, que el Jefe del Estado representa a la totalidad de la nación, y estoy convencido de que es responsable del bienestar de todos sus componentes, sin distinción alguna.

Deseo reconocer francamente que el poder no ha encontrado la comprensión a la que aspiraba en relación con esta actitud, ni tampoco la asistencia que esperaba en la realización del proceso de paz, de restablecimiento de la autoridad del Estado y de extensión de tal autoridad. Esa ha sido la causa principal de la nueva crisis, de los obstáculos para la formación del ejército libanés, del mantenimiento e incluso de la agravación de la situación de anarquía que impera en el país.

En medio de estas diversas corrientes, me proponía continuar mi tarea a fin de conseguir un consenso entre las tendencias y las diferentes corrientes contradictorias. Lamento tener que decir que no lo he conseguido sino en medida limitada y que los acontecimientos, desgraciadamente, han reanudado su curso anterior, dificultando así el proceso de paz y la aplicación del programa de reconstrucción.

Por lo tanto, ha resultado imposible, tanto para mí como para el Gobierno que me asiste con la mayor lealtad, alcanzar todos los objetivos a que aspiraba el país, especialmente en las esferas de la seguridad y la estabilidad.

Hermanos libaneses:

En esta situación de división nacional, en momentos en que el porvenir transciende a la desesperación y en que la vida se libera de la amenaza de aniquilamiento, me dirijo a vosotros.

En efecto, el poder es una continuidad consciente, que me hace sentir su responsabilidad en todo momento, ahora y para el futuro, la responsabilidad de velar por el derecho de los niños a la felicidad, por el derecho de las generaciones futuras al bienestar y por el derecho del hombre, quienquiera que sea y dondequiera que se encuentre, a la dignidad y al goce de la libertad, de la justicia y de la igualdad.

Toda la tragedia del Líbano pesa sobre mi corazón cada vez que cae una víctima. Cada vez que es desplazada una familia, cada vez que se destruye una casa o que se pierde el fruto del trabajo de toda una vida, me asaltan el dolor y la tristeza y grito desde el fondo de mi corazón: "Basta ... Nuestro pueblo ya ha sufrido mucho por las desgracias y la dispersión. Basta de víctimas, de derramamiento de sangre y de mártires. Los libaneses han pagado muy caro el tributo de la existencia y tienen derecho a la vida".

Ciudadanos:

El Estado, vuestro Estado, es débil, muy débil incluso, y nadie lo sabe ni lo siente más que yo. Pero ¿quién, sino el pueblo, puede reforzar al Estado? ¿Qué se saca con arrojarle piedras? ¿No sería preferible que todos lo apoyaran, aunque fuera tan sólo con un pequeño guijarro? ¿En qué piensan los que renuncian al Estado, los que lo rechazan y persisten en su empeño de debilitarlo? ¿Qué creen que están haciendo? ¿No se dan cuenta de que con su actitud provocan la perdición del Líbano y su propia desaparición?

Por mi parte, busco la inspiración en Dios y en mi propia conciencia, sin pedir el testimonio ni el aval de nadie, para proclamar mis propias convicciones. Honrado y orgulloso de ser la emanación de mi patria y el servidor de su pueblo, contesto a las campañas tendenciosas con estas palabras: "No juzguéis si no queréis ser juzgados".

Libaneses:

Tenéis derechos sobre la legalidad, tal como ésta los tiene sobre vosotros. En lo que a mí respecta, tenéis derecho a que cumpla mi juramento constitucional conservando el suelo de la patria, sus valores humanos, sus instituciones y su integridad territorial, y a que me consagre a la tarea de conducir al país al puerto de la seguridad y la dignidad.

Por mi parte, tengo derecho a pedir os que os unáis en torno a mí, que me ayudéis, que tengáis confianza en mí y que me concedáis vuestra confianza en el ejercicio de las atribuciones de la Presidencia, sin atentar contra ella.

Vosotros necesitáis la legalidad, pero ésta necesita aún más de vosotros. ¿Por qué, pues, no la respaldáis para aligerar su carga y para que podamos levantarnos todos juntos? En este momento, ¿no comprendéis cuánto necesito de vosotros para salvar al Líbano?

¿No habéis hecho lo imposible por el mantenimiento de la legalidad, hasta el punto de haber sorprendido a todo el mundo? ¿No habéis realizado, el día en que era previsible el vacío, el prodigio de la democracia en este Oriente inmenso, dando testimonio de las más puras tradiciones de la libertad, impidiendo el desmembramiento del Estado y la desintegración de la patria? Hace dos años y medio, era probable que no se celebrara elección presidencial.

En los dos últimos años, era probable que dejara de haber un Presidente, pero el Líbano decidió continuar en la legalidad y, por consiguiente, tiene el deber de salvaguardarla. Supongo que os interrogáis acerca de la legalidad: ¿Qué es y qué busca? La legalidad está constituida por vosotros; vosotros sois la legalidad. No se trata de una persona, ni siquiera de una institución, sino del alma de la nación, el rostro de su civilización, el símbolo de que pertenece a la humanidad. Lo que la legalidad quiere para vosotros es lo que vosotros queréis para vosotros mismos, en el máximo grado de la conciencia y la visión de las cosas.

Cada uno desearía que la legalidad fuese para sí mismo, con exclusión de los demás, pero la legalidad desea la salvación del Líbano.

Esta empresa no puede realizarse ni por arte de magia, ni mediante una aventura insensata, sino uniendo las voluntades y los corazones y cerrando las filas.

Yo soy uno de tus hijos, pueblo libanés, nacido en el seno de una modesta familia, en una pequeña aldea. Salí de tus filas, y continúo mi camino hacia nuestro destino común, pues entre nosotros dos existe, más que un pacto de poder, el pacto de toda una vida.

Porque soy ciudadano antes de ser Presidente, porque la ciudadanía se sitúa antes que la Presidencia y existirá después de ella y sin ella, la ciudadanía es la calidad fundamental y permanente a la que aspiro, y en esa calidad de ciudadano-Presidente os asocio a mi visión del porvenir de la patria. La fuerza del Líbano se alza sobre tres bases fundamentales: su unidad interior, sus relaciones árabes, sus amistades internacionales.

La fuerza del Líbano radica, en primer lugar y antes que nada, en ser un solo Estado, para un solo pueblo, en un solo territorio. Su fuerza reside en el hecho de tener una sola capital y no dos capitales separadas por una puerta vigilada, un solo Beirut unido y unificado, sin sector oriental ni sector occidental; un solo sur en el que ondea la bandera de la patria; un solo norte, en el que reinan la concordia y el amor; una sola bekaa y una sola montaña, que encarnan la fraternidad y el orgullo. Su fuerza consiste en tener un ejército integrado por elementos de la patria entera y para la patria entera, un ejército que quita a toda fracción, sea cual fuere, todo pretexto para tomar ilegalmente las armas y que nos permite descargar a las fuerzas árabes e internacionales de su responsabilidad de salvaguardar la seguridad y la paz en nuestro territorio.

La fuerza del Líbano está en la presencia de los libaneses en todo el mundo y en el mantenimiento de su apego espiritual a las raíces del suelo nacional.

La fuerza del Líbano reside en los sistemas de democracia parlamentaria y economía libre que ha elegido. Esta fuerza nace, sobre todo, de su evolución hacia un Estado moderno basado en una amplia descentralización de la administración y el desarrollo, en la cual la capacidad, el valor y la devoción nacionales son los únicos criterios. Un Estado que ha abolido todos los ministados, que fueron al principio

la causa de los acontecimientos y se han convertido en el resultado múltiple de esos mismos acontecimientos.

En segundo lugar, las fuerzas del Líbano reside en sus relaciones fraternales con los países árabes, empezando por el más cercano geográficamente, aquél al cual está unido por la historia, el parentesco y el interés. Me refiero a Siria, país con el que el Líbano debe seguir manteniendo, hoy y mañana, una comprensión consagrada y una cooperación sincera en todas las esferas de interés común.

Deseo destacar aquí la autenticidad de nuestro papel en este medio árabe en el que vivimos, al que pertenecemos y del que somos puente de unión con el mundo. También subrayo que los libaneses, y en particular los cristianos, han desempeñado un papel precursor al servicio de la causa y el patrimonio árabes, cuya literatura, cuyo idioma y cuya política han enriquecido.

Los cristianos libaneses tienen mérito, en este sentido, pero no deben preciarse de ello, pues fueron y seguirán siendo, con sus hermanos musulmanes, compañeros de lucha y compañeros de destino.

Si bien insisto en nuestro deber para con el mundo árabe, considero también que los hermanos árabes, a su vez, han de dar al pueblo libanés el respeto, la protección y el interés que merece.

En este contexto, debo poner de relieve la diferencia de enfoque y de actitud entre las consecuencias negativas de la presencia armada palestina en nuestro territorio y nuestra total dedicación a la justa causa del pueblo palestino, a su derecho a regresar a su propia tierra y a la libre determinación.

A la luz de los últimos acontecimientos internacionales, me veo en la obligación de reiterar nuestro categórico rechazo de todo arreglo basado en el asentamiento de los palestinos en el Líbano, que no llevaría a una paz justa y duradera.

En tercer lugar, la fuerza del Líbano reside en sus amistades internacionales y en su apertura al mundo, en esa posición sólida y en esa función de primer plano a las que no renunciará jamás.

Si en un momento pareció que nuestras amistades en el plano internacional se habían debilitado, tal sensación se disipó rápidamente. La última agresión israelí contra el sur del Líbano ha reafirmado el apoyo internacional a nuestro país. Los encomiables esfuerzos desplegados por las Naciones Unidas a través de su Secretario General y las correspondientes resoluciones aprobadas por el Consejo de Seguridad son una manifestación más del respeto de que goza nuestro país en el plano internacional, respeto que debemos aprovechar para arreglar con la mayor celeridad posible el problema del sur. Es verdad que nos declaramos satisfechos y reconocidos por esas amistades, pero comprendemos que sería un error contar con ellas en exceso, abusar de ellas, y que debemos aprovechar el momento apropiado y oportuno para utilizarlas en forma sensata y eficaz.

En definitiva, el arreglo de la crisis del Líbano sólo puede ser un arreglo político. La solución a través de medidas de seguridad no puede constituir más que una etapa que nos permita llegar a la solución política, basada en la comprensión entre los libaneses, la cooperación con nuestros hermanos, la apertura hacia los amigos.

Por eso, el ingreso de las fuerzas árabes, realizado por iniciativa de Siria, respondía a una necesidad urgente de seguridad. Su función se definió en las Conferencias de Ryad y de El Cairo. Aunque la misión de esas fuerzas haya sido obstaculizada por circunstancias bien conocidas, en razón de causas ajenas a nuestra voluntad y a la suya, y por consideraciones que superan el marco de nuestras fronteras, el mantenimiento de esas fuerzas árabes sigue siendo, por el momento, una necesidad que imponen la salvación de la patria y la seguridad del Estado.

Puedo prometer y asegurar el retorno de las fuerzas árabes a sus respectivos países tan pronto como, en un futuro próximo, Dios mediante, estemos suficientemente equipados para garantizar nuestra propia seguridad y hayamos preparado el ejército nacional en forma satisfactoria.

Entre tanto, para evitar nuevos enfrentamientos y para acelerar el retorno de las personas desplazadas a sus hogares, de los alumnos a sus escuelas y universidades y de los ciudadanos a sus trabajos, así como la reanudación de una vida cotidiana normal, he impartido las directivas necesarias para la adopción de un conjunto de medidas de seguridad basadas esencialmente en el acrecentamiento gradual de las responsabilidades del ejército libanés y de las fuerzas de seguridad interior en ciertas regiones.

Comparezco ante vosotros, dispuesto a rendir cuentas, a afrontar el destino con vosotros en todo momento. Mi corazón sufre ante lo que a todos os ha acaecido, pero no escatimaré ningún esfuerzo por tratar de salvar a mi patria y cumplir con mi conciencia.

Noble pueblo: sigo firme junto a ti; quédate a mi lado.

Vuestra salvación depende de vuestra voluntad. No os cuidéis de lo que los demás quieren para vosotros, sino de lo que deseáis para vosotros mismos. Moviliza vuestras capacidades, salid de vuestro letargo, rectificad el rumbo de vuestro camino.

Me dirijo a vosotros, y a través de vosotros a las diferentes fuerzas políticas, cualesquiera que sean, a fin de que se adhieran a la legalidad y se organicen en una orientación nacional eficaz, que consolide las bases del Estado y acelere el proceso del poder.

Jefes, ciudadanos, estudiantes, obreros, campesinos, hombres de letras:

Nos vemos enfrentados a un reto del destino, a una opción histórica entre la paz y la violencia, entre la vida por una causa y la muerte sin causa. Estoy plenamente convencido de que desde el fondo de vuestros corazones sólo brotará un grito: "Sí a la paz, no a la violencia. Sí a un Líbano unido y fuerte, no a un Líbano desintegrado, hipotecado".

Libaneses:

Si en tiempos de bonanza la vida pudo separarnos, si no supimos gozar de ella juntos, el dolor nos une ahora y se ha creado entre nosotros una asociación en el sufrimiento.

A/33/266
S/12863
Español
Anexo
Página 6

¿No significa esto que nuestra unidad es un acto del destino? ¿No significa que, a través de la unión lograda en el dolor, podemos alcanzar la alegría en la unidad?

Os invito a ese reencuentro con la alegría, en nombre del Líbano y por el Líbano.

Viva el Líbano.
